

que desfilan imaginarios Rockefellers y galantes Williams Hart de la pantalla. Allí la encontraréis en el cabaret y en el dancing hall, dando el brazo exquisito a algún caballero yanqui, que la dirá de lo inestable en los negocios, de las sedas impalpables de Wanamaker, de la grandeza de su América, the greatest in the world. Y sin embargo ella conocía el requiebro de los majos de su tierra, ella que un día se puso rosas en el pelo, que conoció el amor como locura, y que gustó la esencia de la nuestra bendita parra americana.

Good health, baby lampiño, hijo robusto de la gran *culture* del Norte, Salud, caballero moderno de dollar y del sombrero Panamá, del corazón reseco, del talento rutinario. Salud, filósofo del aviso, psicólogo del cerdo, poeta de Chicago, cantor del humo y del acero. Pero sabed que la maja que bebe vuestro cocktail está enferma de anhelos infinitos, porque tiene el corazón envenenado con las lunas errantes de nuestros cielos, con la melancolía de los galantes de provincia,

porque tiene los ojos criollos y el corazón de cascabel a veces y a veces de zampoña. Baby, no la digáis requiebros de tu país geométrico que ella ama los torneos de las rejas, los besos por entre las enredaderas y que no teme a las puntas de las dagas cuando están manejadas por las manos del dulce bien amado. Esa niña triste que te escucha tus necedades de cátedra es la pantera de nuestros bosques que no te clavará nunca su zarpa felina, aguda, exquisita, dulce hasta la Muerte.

Andando por los bulevares neoyorquinos, por cabarets y music halls no es raro encontrar una rosa de la ardiente América Central del brazo de un caballero yanqui, lampiño, enjoyado, con el rostro sonriente de clavel.

América del dollar y la usina, entre el armonioso conjunto de continentes yo te proclamo:

The greatest in the world.

ARTURO TORRES RIOSECO

(Envío del Autor. Williamstown, Mass., U. S. of A.)

Una entrevista con Leopoldo Lugones

INTERESANTES DECLARACIONES QUE HACE

COMUNICATIVO, enérgico, simpático, abierto a la conversación, curioso de todas las cosas, los países y los hombres, enciclopédico como aquellos humanistas del Renacimiento, como Leonardo gusta de ser reputado maestro en todas las artes, desdeñando aquella actividad en que lo es indiscutible, Leopoldo Lugones nos brinda una charla jugosa, ágil y magistral en su despacho del Consejo Nacional de Educación de Buenos Aires.

Es alto, robusto, lleno de músculo, cabellos negros en los que apenas se descubren levísimos hilos de plata, rostro moreno, mostacho poblado, de luengas guías, hermoso tipo americano debe haber sido en su mocedad. Ahora parece ser un maestro primario. De vez en vez levanta ambos brazos con las manos extendidas como hacen los devotos de Alah cuando el muezín clama desde el alminar las sagradas oraciones de la tarde. Lugones sólo se acomoda los puños. Otras golpea nerviosamente con el pie, impaciente tal vez de la incomprensión de los que le escuchan. Habla seguido, saltando de un tema a otro con agilidad acrobática, sin que por un momento abandone sus labios la sonrisa del triunfador. Lugones siempre vence en todas las discusiones en que se enreda. Posee una dialéctica de puma

de las selvas sudamericanas, flexible, como él, certera, aguda y triunfal.

Y comienza la charla con este hombre superior, poeta siempre aunque se dedique ahincadamente al cultivo de las matemáticas. ¿No nuestro Díaz Mirón es maestro de aritmética antes que de literatura?

—«¿Mi vida? Mi vida no tiene interés. No ha habido jamás en ella aventuras que puedan sorprender y regocijar a la gente. No es periodística. Han pasado los tiempos de la bohemia. Yo, nunca he sido bohemio. Aquí dicen que soy un burgués. Esta palabra que espantaría a otro a mí me regocija. ¿Quién puede decir que no lo es en estos tiempos? El socialista no es sino un burgués empobrecido que aspira a enriquecerse con el dinero de los demás. Suele haber socialistas con un capital que ya quisieran para sí muchos burgueses. Soy solamente un hombre honrado que vive de su trabajo, que piensa en los problemas que la naturaleza o la sociedad han planteado al hombre y nada más. Estudio y trabajo para vivir. Soy de carácter independiente, nunca he querido pertenecer al rebaño gregario de los abyectos. No he vestido jamás la librea de lacayo. Por eso tengo enemigos y no tengo discípulos. Habrá usted oído a los primeros hablar mal

de mí. Me odian porque nunca he estado con ellos, porque he mantenido siempre mi criterio acerca de los hombres, los hechos y las cosas, porque no he estado nunca con la verdad oficial y eso aquí es casi un crimen.

«¿Amigos? Sí, amigos sí tengo, me hacen el favor de venir a visitarme con frecuencia. Son personas que se ocupan de muy diferentes cosas. Recibo de todo: ingenieros, matemáticos, profesores de química, agricultores. Como me intereso por todas estas cosas... Claro es que alguna vez caen por aquí poetas y escritores, no por ello vaya usted a pensar que formo mi círculo, que tengo mi cenáculo, que pontifico como maestro en literatura y en arte, no, soy el primero en aconsejar la sinceridad como fórmula fundamental de estética. Soy libre y no debo hacer esclavos. Que cada uno diga su mensaje al mundo fuera de toda limitación escolar. De los veinte años a los treinta se mantiene uno en estado de intransigencia completa, de los treinta en adelante o se da rienda suelta al libre albedrío o se fracasa. Yo paso de la treintena y he optado por lo primero. Que cada uno sea pues responsable de sus fracasos o pleno usufructuario de sus éxitos. Así, yo no tengo discípulos ni presido grupos. Estoy en pleno goce de mi libertad. ¡La libertad! lo que yo más amo en el mundo. Es postulado de toda actividad creadora. Para mí es bueno todo aquello que favorece el desarrollo normal de la vida, malo todo aquello que lo contraría o suprime. Por eso los griegos supieron encontrar el ideal más alto y más noble en la vida. Hubo para ello un arte de vivir, la vida fué una obra de arte, algo más, la primera de todas las artes. Por eso no soy cristiano, ni socialista, ni bolsheviki. El bolshevismo me parece un disparate máximo. Como ensayo de gobierno puede pasar; pero como amenaza inminente de la civilización, no. ¿Qué quedará del caudal de sabiduría del mundo después del gobierno de los soviets? Todos los jóvenes artistas aquí se han declarado bolsheviki sin saber lo que es el bolshevismo. Esa es la moda. La hoz y el martillo culminan por todas partes. Y pretenden hacer bolshevismo en la Argentina. ¿Qué podría ser de nosotros si un buen día el proletariado ignorante y cosmopolita de Buenos Aires se apoderase del Gobierno? Hay un barrio en el que la propaganda política debe iniciarse con cartelones redactados en servio, porque los que lo habitan no entienden otro idioma, y otro barrio que sólo habla el hebreo y la muchedumbre de italianos y de rusos que nos viene de Europa harían de esto una torre de Babel. Buenos Aires puede ser considerado el basurero del mundo.